

Numéro 0, création

Microtextos

Consuelo Triviño Anzola
consuelo@consuelotrivinoanzola.com

Citation recommandée : Triviño Anzola, Consuelo. "Microtextos". *Les Ateliers du SAL* 0 (2012): 145-149.

La falta de cortesía de Cortés

Moctezuma recibió a Cortés como a un visitante de honor, el enviado de los dioses que anunciaban las profecías. Lo homenajeó con exquisitos manjares, preparó para él sofisticadas ceremonias. Pero Cortés, que no hacía honor a su apellido, se tomó ese agasajo como una muestra de servilismo y consideró lógico someterlo.

Un desencuentro semejante al de Moctezuma y Cortés, le ocurrió a una amiga con cierta pareja extranjera la primera vez que visitaron su país. Al tratarse de una amistad de muchos años, la familia nativa los recibió con efusividad y cariño, ofreciéndoles lo mejor que tenían. Tan solícitos se mostraron que debieron incomodarlos, pues la reacción de los invitados fue tan brutal como inesperada. Irónicos, casi indignados, le reprocharon a la anfitriona el "comportamiento de esclavos" de los suyos. Tan duras palabras la dejaron estupefacta. No podía creer que la respuesta a la amabilidad y al cariño fueran semejantes ofensas.

La incapacidad para decir gracias, propia de algunas personas, no es algo "natural", ni exclusivo de un pueblo, en todo caso, es expresión de su "incultura". No se puede afirmar que estos modales obedezcan a "peculiaridades nacionales", más bien podrían deberse a un desprecio hacia el otro que se considera diferente, es decir, inferior. La educación es, en últimas, tener en cuenta al otro, lo que entraña la noción de la diferencia, dejando un amplio margen a lo inesperado y extraño. Con todo, las cosas no son tan sencillas como quisiéramos. Decir gracias, algo tan simple, no le es dado a ciertos espíritus menos preparados para recibir que para saquear.

El creador creído

La creación es un acto atribuido solo a Dios. Quien pretende crear lo desafía situándose a su nivel. El arte era imitación para los antiguos, acercamiento al mundo circundante. Nadie aspiraba a la originalidad, a crear de la nada; en todo caso, se reproducían los modelos de la naturaleza. Los creacionistas no imitan, engendran en el acto creador. Los escépticos alegan que todo está inventado y no hay nada nuevo que decir. Los posmodernos parodian, juegan a crear sin creérselo. Ingenuo el creador que cree crear. El arte es artificio, no se confundan. Simulen que creen y sigamos con la puesta en escena.

Entre los imitadores están los que describen la realidad minuciosamente, tanto en su aspecto externo como en sus profundidades. Y ¿qué pasa con lo que no se ve? Que no veamos algo no quiere decir que no exista, por eso suponemos la existencia del alma, de una exhalación que mantiene la vida, que se apaga con el último aliento.

El escritor no crea como dios, pero da vida en la ficción con su propio aliento, funda un mundo: Macondo, Comala, Santa María, lugares míticos para la literatura latinoamericana, territorios imaginados, creados por García Márquez, Rulfo y Onetti. José Arcadio Buendía, Pedro Páramo, Larsen, los hijos de estos tres creadores, viven en nosotros y alcanzan mayor grado de realismo que algunos seres que hicieron parte de nuestra vida. Los tres ocupan un espacio entre las criaturas "reales", vivirán en nosotros y en otros, cada vez que se abran las páginas del libro que los contiene.

Pero el creador de ficciones debe tener una fe absoluta en su oficio, incluso darse en cuerpo y alma a ese proceso de gestación. Al entregar su vida a la escritura, le roba horas a la existencia "real" para sumergirse en el mundo "ficticio": está a punto de dar a luz, de infundirle el soplo de vida a sus criaturas. ¿Cómo es posible que algo ficticio sea a la vez verdadero? Borges, tan desconfiado y aparentemente descreído, formula la idea de que somos el sueño de alguien que a su vez es soñado por otro, no es una idea original, por cierto. Sueño dentro de un sueño, los personajes son más reales y verdaderos que el propio creador, desaparecido y olvidado. El escritor se irá, dejará de existir, mientras sus criaturas vivirán.

Hay escritores descreídos que van por las tribunas simulando estar por encima de los ingenuos creyentes. Estos escépticos se miran el ombligo y repiten que lo suyo es conjeturar, como Borges.

Menosprecian, por extensión, al lector que no distingue la ficción de la verdad. Los más audaces se "auto-ficcionalan", se abren las venas y analizan la composición de la sangre, como si al lector le interesara su dieta diaria. Son escritores casi vegetativos, que carecen de experiencias, dueños de un sistema sensorial atrofiado. Estos consideran primitivas las emociones del vulgo.

Sin embargo, el escritor descreído se lo tiene muy creído porque se rodea de una corte de aduladores que lo consagran como un genio. Entre ellos se erige cual deidad enigmática, engaña con su impostura. Tendría que ser más descreído de sí mismo, permitir que la duda abriese grietas en los muros de su fortaleza. Pero se encierra en su ego como el perro que descubre su cola y se aficiona a jugar con ella, a mordérsela, como si no fuera una extremidad suya. Aunque le duela, el escritor descreído negará el dolor de la herida en su cola sangrante.

Curas que no tienen cara de curas

¿Qué es un cura?, pregunta el presentador de un programa de televisión a un grupo de niños. -Ese señor que dice misa, que da la comunión y casa a las personas, que a veces va con una especie de falda y se cuelga una bufanda, responde un niño de ocho años. -¿De qué color es el traje, blanco, negro?, pregunta el presentador. -Blanco cuando bautiza y negro cuando entierra a los muertos, dice el niño muy seguro. ¿Pero qué otra cosa es un cura?, insiste el presentador. Los niños responden en coro, ese señor que vive en la iglesia. ¿Y cómo se hace para ser cura, qué estudios hay que hacer? -Un niño bastante listo dice que el cura estudia teología. El presentador aclara que no todo el que estudia teología es cura y le ayuda con una pregunta, dirigida a otro grupo. -¿Sabéis, lo que es el seminario? -Pues el lugar donde se estudia para ser cura, más o menos unos cinco años, o algo así? -En qué libro dice eso, pregunta un niño que se muestra dudoso y desconfía de la suficiencia del sabiondo- ¿pues en un libro que he visto. Entonces el presentador les anuncia que va a entrar un cura y que podrán hacerle las preguntas que quieran.

Cuando el cura se encuentra con ese grupo que le habla con desparpajo, parece que el traje ya no se ajusta a su estatura. Está en una franja movediza que no sabe cómo atravesar para salir airoso de ese diálogo en el que los niños lo tratan de tú a tú. Ignoran que es el representante de Dios en la tierra y él no se atreve a exponerles el misterio de la santísima trinidad. Tendría que narrarlo en clave de ciencia ficción para que lo entendieran, lo que le parece un irrespeto con la Divinidad.

El cura, o el sacerdote, despojado de la carga de significado de sus vestiduras, se difumina entre la algarabía infantil, ya sin el dominio que en el pasado tuvo en el confesionario, ni en los hogares ni en la consciencia de las personas. Entonces tiene la tentación de amenazar a esas pequeñas e inocentes, y endemoniadas, criaturas con las llamas del infierno, de advertirles que allí arderán quienes no conocen el temor a Dios.